**Normativas**

 La amable funcionaria, adscrita a la oficina del Defensor de la Ciudadanía Sevillana, me apuntilló: «Pero si hasta existe una normativa comunitaria que obliga a la tramitación de los asuntos ciudadanos por internet… ¡Claro que su queja está más que justificada… ».

Cuando regresaba en el calenturiento mes de julio a la hora donde las llamaradas del querido sol adquieren protagonismos—¡qué seríamos sin él!— a mi dulce hogar, me preguntaba cuándo podremos estar orgullosos de la bandera azul de las estrellas en círculo. Los malos pensamientos —que siempre rondan los jodidos como brujas en aquelarres—, me perseguían, aun cuando trataba de distraerme con las bolsas de turistas apamelados y de pantaloncitos, de agua embotellada en una mano y la digital en la otra. Al pasar por la apabullante catedral —la que dicen que la construyeron unos locos para darles envidia a otros—, elevé una súplica para que nuestra industria nacional no decaiga y deje quietecita a la impresionante quiebra económica que nos pisa los talones.

Porque Europa —tengo la impresión— lanza normativas como el niño que tira dardos y no acierta ni uno en la diana, huérfano de un padre que le corrija la postura correcta. Soy demasiado mayor para indagar en las selvas inextricables de las normativas y, aunque poseyera la perdida juventud y la ciencia infusa anterior al gran pecado, tengo la impresión de que fallecería en el noble intento. Tampoco sé cómo se llama el diputado español que lleva la cartera de estos asuntos, ellos, tan atareados en trifulcas continuas de patios vecinales, de rostros pálidos y andares tortuosos, los pobres, con sus elecciones, macrosueldos, secretarias de buen ver y todo lo demás.

Pues empezó la cosa —la cosa, la más socorrida, inexacta y misteriosa palabra de nuestro acervo— en la Gerencia de Urbanismo, situada en terrenos cartujanos, lugar en otros tiempos de refugios pirateños. Quería solicitar una licencia de obra menor para sustituir los antiguos cerramientos de aluminio por otros de doble cristal, gracias a una subvención comunitaria europea —mire usted por donde— y que, naturalmente, me enteré por casualidad a través de unos amigos. Asumo la culpa y entono un Te Deum por la suerte que tuvo mi ignorancia.

El reducido recinto de los trámites se ve colisionado por varias colas que se interfieren en bucle, como ondas electromagnéticas, mejor esotéricas. De *Información* te mandan a *Registro*y lo primero que te piden en una fotocopia del DNI que, naturalmente, no llevas; más un recibo de haber pagado en caja unos 40 euros, algo que en la mencionada Información podrían haber dicho. Al sacar de la máquina el ticket dice: *En la mesa 25*. Entonces viene la búsqueda de, al menos 25 mesas, algo imposible porque a lo más hay tres mesitas. Llegan las preguntas, en salidas y entradas al bucle, tan melancólico como el de Jon Juaristi. «No mire usted —dice un amable compatriota veterano— está equivocado, ni hay 25 mesas ni otras tantas cajas. Vaya a la caja 2 para pagar las tasas y los 40 céntimos de la fotocopia del carnet. No pierda los tickets».

Conseguido el objetivo, te dicen en *Registro* que ahora queda marchar a la otra punta de Sevilla para solicitar una *Carta de pago*y con ella abonar un buen porcentaje en un banco, el que cada uno quiera. Menos mal que la democracia, la pobre, encontró un caramelito con el que endulzar su triste vida. Total, y salvo olvidos de otras incidencias de cuyo relato no quiero acordarme, la mañana se esfumó. A ver cómo un currante —de los pocos que quedan— le dice a su jefe que pasó la jornada laboral matutina en un bucle satánico, de extraterrestre andante, correcaminos primitivesco, lejos ese milagro de la cacareada ventanilla única, de un internet liberador de esclavitudes. Pues nada, amigos, nada de sentirnos un pulido ciudadano europeo que mira con altanería a los camelleros del sur.

¿Sabéis qué pienso? Pues eso, lo que me dictan mis aquelarrosos pensamientos: Al carajín las normativas, y que viva el anarquismo como refugio de los ataques de los leguleyos, de sus normativas, de la burocracia y de las mentiras, tanto las únicas como las comunitarias. ¿No te jode?